



A0176

**03/04/1997 I PLENO DE LA COMISIÓN ORGANIZADORA DEL  
"CENTENARIO DE 1898"**

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA  
AZNAR**

Salamanca, 03-04-97

Hemos sido convocados en este solemne Paraninfo de la Universidad de Salamanca para celebrar lo que hemos hecho: el I Pleno de la Comisión Organizadora del "Centenario de 1898", fecha que, sin duda, con las interpretaciones que se le quieran dar, marca una inflexión en la historia de España.

Mis primeras palabras sean, pues, en primer lugar, de agradecimiento, al Rector de la Universidad de Salamanca y de satisfacción por estar en Salamanca; ciudad que yo creo, personalmente --y también me atrevo a hacer alguna propuesta en ese sentido--, que, desde luego, puede ser perfectamente no solamente una de las ciudades que más actividades pueda coger del 98, sino que pueda ser sede principal del 98, naturalmente, en los términos en que todos los proyectos que se vayan desarrollando estimen que sea conveniente el Consejo Asesor y la Comisión Organizadora.

Sean mis primeras palabras también de saludo a todas las personas que nos acompañan, muchas de las cuales llevan meses colaborando en este proyecto plural; así como al resto de los integrantes, que en este momento y en este acto se han incorporado a esta idea y a este proyecto.

En esta sesión --de ahí tantas personas relevantes y tantos expertos-- no me corresponde a mí el determinar cómo se deben organizar y afrontar sus actividades; esos trazos han sido ya esbozados, y las propuestas que se han hecho demuestran una preocupación, desde luego, digna de ser, como he dicho, reflexionada y digna de ser saludada. Pero sí me atrevería, asumiendo también el riesgo que toda propuesta comporta, a exponer en voz alta y brevemente algunas ideas en torno al acontecimiento que hoy nos reúne, y que conocemos como la "crisis del 98".

Esta crisis, que surge a finales del siglo pasado, suscitó a lo largo de los años siguientes, incluso hasta nuestros días, numerosas, apasionadas y, a veces, muy contrapuestas interpretaciones; incluso se ha llegado a hablar de la "invención del 98", que recordaba el profesor Varela, y que puede ser una conclusión también, ¿por qué no?

Lo que nos plantean, en todo caso, esas interpretaciones es la conveniencia --que es lo que vamos a hacer, exactamente-- de estudiar el acontecimiento en todas sus facetas. En cualquier caso, la primera y obligada referencia sea, tal vez, examinar lo ocurrido desde

una perspectiva estricta de hecho histórico, dejando aparte sentimientos, y el propio juicio que ese hecho histórico merece.

Los datos que los historiadores nos facilitan nos dicen que España perdió sus guerras coloniales en 1898 y que, con la firma del Tratado de París, suscrito el 10 de diciembre de ese mismo año, se reconoce la independencia de las últimas colonias de ultramar, es decir, de Cuba, de Puerto Rico y de Filipinas. Como es fácil suponer, la realidad de lo sucedido en aquel año se vivió de forma traumática.

Al igual que otros muchos, y visto con la perspectiva que da el tiempo, no puedo sustraerme a considerar que aquel acontecimiento nos llevó a resultados que hemos de valorar positivamente. Se produjo, entonces, el despertar de una sociedad que se negaba a dejarse abatir. Así, en el transcurso de un siglo, desde 1898 al cercano 1998, España ha superado, pues, la inevitable frustración inicial para encarar el presente y el futuro con optimismo.

El examen sereno de la Historia no tarda en descubrir, como ya hemos señalado, las múltiples facetas que presenta aquel acontecimiento. Queda así muy claro que la pérdida de las últimas colonias no puede reducirse a un fenómeno literario-intelectual de un grupo de eruditos, la llamada Generación del 98.

Allí hubo, en efecto, una profunda crisis que alcanzó, prácticamente, a todos los ámbitos de la vida española: al militar y al político, al social y al económico, al científico y al cultural, sobre los cuales planeaba, como denominador común, el componente moral.

Todos estos cambios hacen variar los planteamientos históricos y, sobre el particular, don José Ortega, heredero de la Generación del 98 y buen conocedor de la realidad, llamaba la atención sobre el futuro de España encuadrada en la cultura europea, a la que debería reintegrarse cuanto antes.

Como resultado de la adversidad, se producen una serie de reacciones que no parecen propias de un pueblo en decadencia, sino de gentes que saben superar con dignidad los desafíos de la Historia. Existen numerosas pruebas de lo que digo; una de ellas se refiere a la importancia del regeneracionismo, un movimiento espontáneo que abarca los diversos órdenes de la realidad española afectada por la crisis del 98.

Estos deseos renovadores apuntan al ser de España, al pasado y al presente, como en un deseo de remediar antiguos vicios. Así, observamos un peculiar regeneracionismo político que aspira a limpiar prácticas corruptas de épocas anteriores.

Pío Baroja, uno de los más caracterizados hombres del 98, resume con singular acierto el pensamiento de la mayoría de los españoles cuando rechaza las mañas de los viejos políticos profesionales; decía que "miran al Estado como si fuera una finca".

Un espíritu crítico semejante, junto a los aires renovadores que recorren España, no queda reducido al terreno de la política. La Generación del 98 refleja en la obra de sus novelistas, poetas y ensayistas el sentir del pueblo que despierta espoleado por la crisis.

Sirva como síntesis de esas actitudes, además del ya citado Baroja, la obra de clásicos tales como Azorín, Valle Inclán, Antonio Machado, Ramiro de Maeztu y Miguel de

Unamuno, nombre de obligada referencia. Tan sólo la evocación de estas reconocidas figuras creadoras de la Edad de Plata de la Literatura española bastaría para mostrar cómo obtener de los males numerosos y fecundos bienes.

Estos hombres, que han aportado a España y al mundo creaciones literarias e intelectuales de primera magnitud, pueden llegar a compensar las pérdidas materiales del 98. También estos hombres aman a España y a su cultivada condición de españoles; no en vano nacieron todos en el siglo inventor y exaltador del patriotismo nacional. Como dijo un antiguo Rector de esta Universidad, don Miguel de Unamuno: "soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión u oficio". Pero es Azorín, el que acuñó el apelativo de la "Generación del 98", quien toma la palabra por todos ellos: "de nuestro amor a España responden nuestros libros: de Unamuno, de Baroja, de Maeztu, los míos; no creo que tenga yo ni un sólo libro en los cuarenta volúmenes ajeno a España".

Aunque no se debe perder la perspectiva histórica a la hora de meditar sobre estas palabras, los pensadores del 98 presumo que aspiraban a un patriotismo sólido, digno y perdurable.

Tampoco terminan con estos hombres, por grandes que hayan sido, los impulsos renovadores a los que se ha hecho referencia. El regeneracionismo científico, iniciado ya antes del 98, cobra nueva vida y no tarda en manifestarse en la voz de catedráticos, profesores, investigadores, que aprovechan la ocasión para denunciar las carencias que sufrían desde hacía años.

Como resultado de esas protestas, los estudios científicos reciben, a partir del 98, un decisivo impulso renovador; se plantean reformas de largo alcance, y las actividades de las cátedras universitarias y centros de investigación se multiplican. La experiencia acumulada por la Institución Libre de Enseñanza se traslada a la Junta para la Ampliación de Estudios, desde la cual se generan las bases para el posterior desarrollo de la ciencia española.

La presencia en la Junta del Premio Nobel Santiago Ramón y Cajal y de Julio Rey Pastor, en la matemática, explica el número y calidad de los jóvenes investigadores formados en aquellos centros; como el físico Enrique Molés o, más tarde, el médico y también Premio Nobel Severo Ochoa. En el campo de la arquitectura, no podemos dejar de nombrar a Modesto López Otero, autor de los proyectos de la Ciudad Universitaria de Madrid y del Colegio de España, en París. Sólo he querido citar algunos ejemplos.

Pero quisiera insistir, para no extenderme más, en la necesidad que tenemos de asomarnos al fenómeno del 98 en su diversidad, conscientes de que tuvo numerosas y distintas expresiones que merecen ser conocidas, apreciadas, por las nuevas generaciones de españoles.

Huyamos, pues, por lo tanto, del victimismo, evitando relacionar los hechos del 98 con los lamentos por unas pérdidas territoriales que obligaron a España a vivir con realismo su propio destino. Aquellos hombres del 98 abrieron a España las puertas del siglo XX. Los cien años transcurridos sirvieron para introducirnos en la corriente del mundo moderno.

No ha sido el camino fácil, tal como la Historia nos enseña; sin embargo, formamos, como nos corresponde, parte de las sociedades política, económica y científicamente desarrolladas de Europa. Cien años pueden ser muchos, pero son pocos en el conjunto de una España milenaria.

Somos hoy, superados viejos pesimismos, aquel pueblo en alza, laborioso y culto, europeo y americano, que soñaron los pensadores y poetas del 98. Sepamos hoy escribir nuestra propia historia, sin permitir que plumas ajenas lo hagan por nosotros.

Muchas gracias.

Queda constituida la Comisión Organizadora del "Centenario 1898".